



Diálogos Latinoamericanos

ISSN: 1600-0110

au@au.dk

Aarhus Universitet

Dinamarca

ISOLA, NICOLÁS JOSÉ

Intelectuales, estado y universidad. Algunas consideraciones sobre este vínculo complejo

Diálogos Latinoamericanos, núm. 20, junio, 2013, pp. 134-161

Aarhus Universitet

Aarhus, Dinamarca

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16229035007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Intelectuales, estado y universidad. Algunas consideraciones sobre este vínculo complejo*

NICOLÁS JOSÉ ISOLA

Abstract

This article aims to describe the different characterization which the intellectual figure has had throughout the twentieth century. Towards this end, special attention is given to the tradition of studies on intellectuals, exploring the diverse and recurring thematic focuses which this topic has covered, as well as the central role that intellectuals have played in modern history in Latin America and in Europe. In this framework, the conformation of the intellectual system, the different institutional forms that have been created around intellectuals and the leading role of universities are analyzed. The connection between intellectuals and temporality is examined: the tradition and the distance. Finally different intellectual profiles and their connection with politics are reviewed.

Key words: intellectuals, state, experts, professionals, university, knowledge.

La difícil tarea de definir a los Intelectuales

Según es bien sabido, la noción de intelectuales es cualquier cosa menos clara, y es utilizada con significados muy diversos y variables

(Brunner y Flisfisch, 1977:10)

Walter Ong refiriéndose a la cultura oral, en su libro *Oralidad y escritura*, afirma: “El sonido no puede manifestarse sin intercesión del poder” (1996: 39). Inmiscuirse en la temática de los intelectuales es adentrarse en una

* Este artículo ha sido posible gracias al financiamiento provisto por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina.

red vinculada con la profundización y especificación de los sonidos, específicamente, de la palabra socialmente encarnada, publicada, dada a otros, transferida, debatida, repudiada.

Penetrar en este espacio permite considerar ciertas características comunes que sobrepasan la localidad de cada contexto y permiten predicar algunas generalidades (con los riesgos, claro está, que ello implica) de ese universo denominado *intelectuales*. Tan sólo la definición de *quiénes son* y *cuáles son sus funciones, quiénes detentan este nombre*, casi siempre plural y gregario, genera controversias y dificultades en su especificidad. Personajes públicos con voz y reconocimiento que se pronuncian sobre los acontecimientos de la realidad. Manipuladores de símbolos en lo más etimológico del término, que buscan unir y reunir, hacer pregunta, dar respuesta. Prestos a expresarse sobre la realidad y dispuestos a disputar por lo dicho.

Edward Shils identifica a los intelectuales como “el conjunto de personas que emplea en su comunicación y expresión, con una frecuencia relativamente mayor que los demás miembros de la sociedad, símbolos generales y abstractos que se refieren al hombre, la sociedad, la naturaleza y el cosmos” (1974: 136). En esta definición aparece ligado el intelectual a cierta esfera general (*esencial* le llamarán otros) del conocimiento: *hombre, sociedad, naturaleza y cosmos*, ámbitos relacionables pero bien diversificados en nuestras ciencias actuales. El intelectual se presenta como quien reúne lo general, quien aborda el todo y no la parte¹. También como un comunicador que participa de una tradición y se hace portavoz de un saber. Estos símbolos generales que nombra Shils refieren a lo que Lewis Coser (1968) llama *ideas*. El intelectual es aquel que manipula ideas, que las explota, las critica, las transfiere, las defiende y que, en el mundo moderno, como se ampliará más adelante, las institucionaliza con un *ethos* particular, *negándosela a otros*.

Las sociedades más antiguas ya contaban con encargados de las expresiones del arte y del contacto con lo sagrado. A su vez, las sociedades más diferenciadas poco a poco requerían agentes que

¹ Por eso para algunos, la especialización moderna será vista como una amenaza a la función intelectual tradicional.

transmitieran lo acontecido pretéritamente en la búsqueda de la verdad², que expusieran lo sagrado, los acontecimientos ignotos del universo, y que interpretaran el *porvenir*³. La universalidad de lo intelectual podía y puede observarse, entre otros aspectos, en la temporalidad que abarca su labor: *pasado, presente y futuro*. Los creadores, aquellos que manejaban el hábito de la discursividad abstracta, eran quienes producían una *gramática universal de la razón social* (Gouldner, 1979) para que aquellos que no poseían esa capacidad *exegética* tuvieran una comprensión mayor del cosmos. De modo que además de acceder al contacto con la verdad y lo sagrado, los individuos que portaban⁴ estos saberes eran los más capacitados para las necesidades sociales que precisaban el uso de pericias determinadas no igualmente distribuidas⁵.

Ahora bien, la conformación de espacios intelectuales durante la constitución de los Estados modernos estuvo vinculada con la ocupación de posiciones y roles específicos para el desarrollo de diversas funciones: conocedores de la ley, de la economía, del arte de gobernar, de las cuestiones de la salud y la administración, etc. La modernización estaba íntimamente vinculada con el conocimiento, con la especificidad y la redefinición de las relaciones entre la esfera privada y la pública. Esto

2 Marletti (1994: 855) dirá que “sólo se puede hablar en una forma convincente de intelectuales en sentido propio refiriéndose a la época moderna, en que el desarrollo de las fuerzas productivas y la formación de la sociedad civil establecen las bases materiales para una profunda transformación de las que hasta entonces se llamaban artes liberales”.

3 Para Bauman “el significado intencional de ‘ser un intelectual’ es elevarse por encima de la preocupación parcial de la propia profesión o *genre* artístico y comprometerse con las cuestiones globales de la verdad, el juicio y el gusto de su tiempo” (Bauman, 1997: 10). Se utiliza en este texto el término *intérprete* en otro sentido que el utilizado por Bauman, quien lo reduce a *leer en voz alta el significado de lo dicho/escrito por otro* (1997: 276). El empleo realizado aquí es más cercano al cariz que le otorga Shils (1974) en su vinculación entre pasado y futuro.

4 Son interesantes los verbos *cosificantes* utilizados para lo referido al *conocimiento*: portar, llevar, usar, trasladar, repartir, compartir, transmitir, entre otros.

5 Las motivaciones de estos intelectuales eran diversas: el propio deseo del contacto con el saber, el determinado prestigio que ese conocimiento brindaba, la ganancia pecuniaria que podían adquirir a través del ejercicio de esas funciones, el seguimiento de una cierta cantidad discípulos, etc.

requería actores cada vez más específicos en cada área del conocimiento y de la producción, así como una paulatina distinción entre la discursividad moral y la científica⁶.

Paulatinamente las posiciones intelectuales vinculadas con lo sagrado y desconocido (desde los otrora magos y brujos, hasta los teólogos y sacerdotes) fueron dejando lugar a posiciones propias del estado laico. De modo que la estructura política moderna del estado fue complejizándose. Se especificó, así, tanto el rol de los conocedores de la *res publica*, como el de aquellas personas locuaces capaces de analizar las coyunturas sociales, políticas y económicas; y de transmitir conocimientos adecuados y convincentes a la población (Bauman, 1997). Junto a esto, la evolución de la política, la sociedad y la opinión pública producía la necesidad de analistas externos que describieran lo que acontecía, forjando una opinión sobre la política estatal pero que proviniera de afuera. Así, por ejemplo, los periodistas comenzaron a convertirse en formadores de opinión social y analistas públicos a través de los diversos medios de comunicación⁷.

A su vez, en los Estados modernos la educación masiva en todos los niveles, nuevo gran mercado de profesionales, acrecentó la necesidad de hombres y mujeres capacitados para dar a conocer el saber, aumentando así el número de profesores y administradores escolares, dependientes del estado. También la complejidad de las áreas tecnológicas, la medicina y la agricultura fue demandando más y más especialistas en las carteras públicas y en el mercado privado.

A comienzos del siglo XX, en esta ampliación de los roles que los intelectuales podían ejercer, no dejaba de ser significativa la pregunta respecto a “¿cuáles son los límites “máximos” que admite el término “intelectual”? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y variadas actividades intelectuales y para distinguir a éstas al mismo tiempo y de modo esencial de las actividades

6 En efecto la idea de que un Estado se modernizara incluía el convencimiento de que esto sólo podía lograrse a través de la creación de cuerpos de intelectuales (Shils, 1976b).

7 Para una ampliación de esta temática y la vinculación entre intelectuales y medios de comunicación véase el apartado *Intelectuales frente al público* en Pico y Pecourt (2008); así como Shils, 1981: 130 y ss.; y también 1976b: 131 y ss.

de las otras agrupaciones sociales?” (Gramsci, 2000: 12. Comillas del autor).

Estas pertinentes preguntas del filósofo italiano se reproducían en países y coyunturas diferentes. Restringir el término intelectual, unificarlo y distinguirlo de otras funciones era una tarea irresoluble, en la cual sólo parecía posible arrojar aproximaciones, dada su diversidad, así como la disparidad de contextos en los cuales actuaban, sus diferentes relaciones con el estado y las características disímiles de cada mercado intelectual⁸.

Avanzaba el siglo XX y gradual pero aceleradamente, la economía y los estados modernos comenzaban a depender cada vez más fuertemente del conocimiento. Ante la capacidad de manipular símbolos y de modificar, por ejemplo, la opinión pública, se daba una demanda de ideas por parte de los *clientes* (Said) o *consumidores* (Shils) de la producción intelectual⁹. Si la economía se fundamentaba entre otras en el saber, entonces ese conocimiento brindaba poder en sus diversas representaciones. Este poder se transformaba en apropiable, de manera que era pertinente privatizarlo/patentarlo para que ese *saber/poder* no corriera el riesgo de ser robado. *Saber* era *tener* algo propio que era factible de competir con

8 En nuestros días, y en el contexto latinoamericano, Silvia Sigal, dando cuenta de su investigación sobre los intelectuales de los años sesenta en la Argentina, comenta sobre el serio aprieto que representa distinguir las figuras en ese contexto: “La dificultad grande que tuve (...) se resume en una pregunta que me planteaba permanentemente: ¿por qué hablar de estos grupos y personas como intelectuales? (...) Muchas veces me preguntaba: ¿por qué analizar lo que dice, por ejemplo, Giussani, dos páginas después de haber considerado lo que dice Ismael Viñas? ¿Es un intelectual?” (Sigal y Terán, 1992: 43). En efecto, para Bauman “tiene poco sentido plantear la pregunta ‘¿quiénes son los intelectuales?’ y esperar como respuesta un conjunto de mediciones objetivas o siquiera un ejercicio de señalamiento con el dedo” (1997: 10). Según Coser, son los posicionamientos los que nos revelan la intelectualidad de una determinada figura inscripta en una época. De modo que es necesario “estudiar la propia definición del actor histórico de la situación, su propia orientación objetiva frente al mundo que lo rodea, si deseamos entender sus acciones” (Coser, 1968: 219).

9 A este respecto, Nico Stehr sostiene que “les changements de la structure de l’économie et de sa dynamique font de plus en plus ressortir le fait que le savoir devient la dimension principale du processus de production ainsi que la condition première de son expansion” (2000: 3).

algo ajeno. Saber era saber con otros, que también sabían. De modo que entonces saber era disputar, jugar un juego de marcas, de tiempos, de innovaciones. Convenía saber *antes y mejor* que los demás para tener una mejor ubicación en el acceso a aquellos puestos escasos que estaban a disposición¹⁰.

Este cierre social del heterogéneo espacio intelectual se daba a través de una jerarquización vinculada con estándares básicos y requerimientos primarios de ingreso. Bajo la vigilancia del Estado moderno estos espacios de conocimiento se fueron segmentando, produciendo una *profesionalización intelectual* dentro de cada área teórico-social de conocimiento. La profesionalización fue originando, a través del vínculo, la discusión, la comunicación y el reconocimiento entre pares, ciertos niveles de institucionalización.

La conformación del Sistema Intelectual y su vinculación con el estado

La universidad ha sido el principal sistema institucional de formación durante el siglo XX. Ella ha funcionado, bajo la égida del estado, como el nexo central de la red intelectual que sirve de núcleo a otras instituciones. Es claro que no ha sido el único espacio pero ha sido el que mayores niveles de institucionalidad ha logrado¹¹. Es tal la preeminencia de la universidad en cuanto a la formación de los intelectuales que Coser (1968:

10 Ya varias décadas atrás Coser expresa que “las recompensas por trabajos intelectuales, por consiguiente, han aumentado drásticamente, tanto de modo directo como porque se están creando constantemente puestos para los ‘manipuladores de símbolos’; e indirectamente porque el adiestramiento de nuevas generaciones de tales ‘manipuladores de símbolos’ han dado la oportunidad de aumentar los cuerpos docentes en colegios y universidades” (Coser, 1968: 276. Comillas de Coser).

11 En las últimas décadas se ha producido la creación de *think tanks*, las ONG, fundaciones y centros en los cuales confluyen intelectuales de procedencias científicas diversas. Parte del gran universo de los *think tanks* y las fundaciones puede verse en Boucher y Royo (2009). Para una perspectiva argentina véase Thompson (1994).

9) señala que “algunos escritores han tendido a agrupar bajo el término de ‘intelectuales’, a todos aquellos que tienen una educación universitaria”.

En efecto, en *sentido amplio* se podría delimitar a los intelectuales por su *calificación*, como aquellos universitarios diplomados que compiten en un determinado mercado, con responsabilidades técnicas. Sin embargo este grupo no aspira para sí el nombre de *intelectuales*¹². En *sentido restringido* estarían aquellos que Boudon y Bourricaud (1993) denominan *intelectuales por vocación*, interesados no en la especificidad de los primeros sino en la generalidad, *en la proximidad a los valores centrales de la sociedad*. Es la conformación de este último grupo, los intelectuales en sentido restringido fuertemente vinculados con el estado, lo que interesa particularmente considerar. El modo en que éstos se han congregado ha variado históricamente, y con ello también han ido modificándose los auditorios que les otorgaban el reconocimiento.

En Europa y en los Estados Unidos las transformaciones de los espacios institucionales se produjeron sobre todo a partir del siglo XVIII. Anteriormente había diversos *espacios de reunión* en los que los intelectuales se congregaban. Uno de ellos fue la *Royal Society* originada en Londres hacia el año 1645, otro fue el de los *salones rococó franceses*. Un ámbito diferente de encuentro ha sido el de los *café londinenses*, abiertos a todos aquellos que respetaran las reglas mínimas impuestas y expuestas a la vista de todos.

Respecto a la producción intelectual, la escritura comenzó a transformarse paulatinamente, desde principios del siglo XVIII, en una profesión junto con el avance del mercado literario, en el cual los vendedores y los editores ocupaban cada vez más un rol central. La división social se ensanchaba tanto por el diferencial acceso a la lectura entre letrados y no letrados, como por el costo elevado de los ejemplares. La lectura creció masivamente durante la primera mitad del siglo XIX, cuando los periódicos comenzaban a conformar la opinión pública, a la vez que las revistas reunían a los intelectuales independientes.

¹² Es claro, por lo menos en nuestros días, que no todo universitario es considerado un intelectual ni tiene siquiera interés en serlo.

Ahora bien, fue la reforma de la universidad alemana, a comienzos del siglo XIX, la que produjo un cambio intelectual considerable en tanto establecía la noción de unidad entre investigación, docencia y estudio¹³. Así la producción y la divulgación del conocimiento intelectual pasaba a tener una mayor preponderancia, en una dinámica dentro de la cual los investigadores producían nuevos conocimientos (Clark, 1997). Esto era considerado una verdadera revolución en la larga historia universitaria comenzada en el siglo XII con universidades como las de Bolonia y París. Las consecuencias de este fenómeno están a la vista en la universidad moderna y en la estructura del sistema intelectual. Considerando justamente la estructura de la universidad, Shils (1974: 139) señala que ésta se encuentra definida, en toda sociedad, por cuatro factores: la procedencia del mantenimiento financiero; el modo de administración de las actividades intelectuales; el tipo de demanda de objetos intelectuales y de realizaciones práctico-intelectuales; y la relación entre los logros intelectuales pasados (tradicición) y presentes (creatividad).

A partir del siglo XVIII la relación del escritor con su público, con su editor y con el mercado literario ha sido de relevancia. El producto de los intelectuales como producto de consumo puso a los libreros y editores en una posición de poder respecto a qué ideas podían o no difundirse. Esto, claro está, repercutía en el ingreso de los escritores. Sin embargo, en nuestros días, no es el mercado editorial el principal sostenimiento de los intelectuales, salvo el de aquellos que cuentan con un altísimo reconocimiento. En este sentido, respecto al financiamiento de la actividad intelectual, la procedencia de los fondos recibidos para la actividad intelectual y de investigación ha provenido preponderantemente del financiamiento estatal. La remuneración de los intelectuales ha procedido de los salarios recibidos por servicios realizados en instituciones intelectuales, en ocupaciones práctico-intelectuales y, en menor medida,

13 “Como idea transformadora, el principio humboldtiano en diversas modalidades se volvió muy influyente en el desarrollo de la educación a finales del siglo XIX y en el siglo XX en la mayor parte de las naciones avanzadas, y representó un concepto particularmente dominante primero en las universidades alemanas y después en las estadounidenses “ (Clark, 1997: 10).

como ya se ha señalado, por la venta de productos intelectuales (libros, inventos tecnológicos, artículos, etc.)¹⁴.

La dependencia económica respecto al estado contrasta con la actitud históricamente crítica de los intelectuales frente a éste. La constitución de un mercado intelectual se encuentra relacionada con la factibilidad de vivir de la remuneración de la actividad intelectual, así como con la generación y búsqueda de recursos económicos. En la lógica por preservar los recursos se puede adscribir el aumento de las restricciones en el acceso a los puestos de mayor prestigio.

Shils plantea también el asunto de la administración de las actividades intelectuales y el tipo de demanda de los objetos intelectuales. A este respecto los diferentes estados modernos se hicieron cargo del sistema universitario. Éstos organizaban, controlaban y vinculaban las diversas esferas intelectuales en un ámbito institucional, y procuraban, a partir de las diferentes profesionalizaciones científicas, subvencionar la realización de actividades de investigación. La creación de un sistema científico ha estado vinculada con la profesionalización académica, donde los profesores e investigadores ocuparon un lugar central, junto con la constitución de bibliotecas, laboratorios, revistas, etc. (Albach, 1994). Todo esto no pudo darse sin instituciones que albergaran este complejo entramado social y sin cierta división interna de las mismas¹⁵.

A partir del siglo XIX, se pasó de una dinámica informal a la expansión de una estructuración administrativa que buscaba dar respuesta a la demanda creciente de conocimiento especializado. La universidad,

14 Respecto a la remuneración intelectual, Mansilla considera que “desde las últimas décadas los intelectuales —ahora provenientes de las capas medias— no disponen de una renta financiera libre, propia de las antiguas élites, sino que dependen de un salario corriente, frecuentemente ganado en el ámbito universitario o en instituciones burocráticas consagradas a la educación, la administración de bienes culturales y, muy ocasionalmente, a la investigación científica. Esto tiene que ver también con la gigantesca expansión que han experimentado en el último medio siglo el sistema universitario (incluyendo los cursos de postgrado) y las instituciones de formación profesional” (Mansilla, 2003:23).

15 “Cuando una organización está dividida en un gran número de partes diferenciadas, surge la necesidad de la coordinación. Esta necesidad explica el ascenso de la burocracia académica” (Coser, 1968: 290).

altamente dependiente del estado, fue transformándose así en el ámbito institucional en dónde se daba el encuentro de los intelectuales. Pensando especialmente en la universidad norteamericana Coser (291) expresa algunas razones de esta preeminencia. La universidad: suministra un medio de comunicación mutua y de intercambio para los intelectuales; facilita una remuneración regular que les permite subsistir; brinda estabilidad laboral frente a las presiones del mercado (lo cual ayudaría a evitar las distracciones propias del ajetreo por la supervivencia); otorga un espacio temporal para la producción e investigación; y concede un mayor grado de libertad académica a los miembros.

La función de los intelectuales

Los intelectuales han cumplido y cumplen diferentes roles en la sociedad. Uno de los principales podría ser el de *orientadores*. Cuando la realidad se ve *irrumpada*, cuando los acontecimientos sociales, sobre todo las crisis, apremian, los ciudadanos buscan alguien que atisbe explicaciones. Economistas, sociólogos, filósofos, politólogos, entre otros, rellenan los periódicos cuando una determinada sociedad (su economía, su inseguridad, una catástrofe natural, etc.) ha encontrado un *agujero negro* en ella. Se busca *desde el presente* elucidar el pasado y presente, a fin de poder conocer *l'arrivant* en el futuro.

Junto con esta función se encuentra la capacidad *crítica*, en pos de lo que se considera justo y verdadero. Una honestidad ética profesional pareciera tener que alcanzar obligatoriamente al intelectual como manipulador simbólico¹⁶. Los intelectuales parecen atribuirse una doble

16 Como señalan en Chile Brunner y Flisfisch: “Así, lo corriente es admitir que el deber supremo del intelectual reside en un compromiso férreo y en una honestidad cabal con su verdad, que deberían llevarlo a declararla fueren cuales fueren las circunstancias” (1977: 57). Según Said “para lo menos que debería estar un intelectual es para contentar a su audiencia: lo realmente decisivo es suscitar perplejidad, mostrarse contrario e incluso displicente” (1996: 31). “Quién intente comprender las tradiciones de la parte central del estrato intelectual, y sus relaciones con las autoridades que gobiernan a las demás esferas de la sociedad en un momento determinado, debe tener presente la crucial trascendencia del amor propio derivado de la preocupación y el

autoridad: ‘hacia abajo’ y ‘hacia arriba’. Hacia abajo, por sobre los que no portan sus credenciales, sus habilidades, su reconocimiento, prestigio, etc., en pos de establecer un espacio de legitimación y autoridad sobre ellos. Hacia arriba, respecto a los políticos, desprestigiando su potestad establecida, en pos de una autoridad superior. Shils (1974) considera que el intelectual ve un valor supremo en la autoridad que no considera concretizado en la realidad. Para Gouldner (1979) la paradoja de la ‘Nueva Clase’ consiste en que es al mismo tiempo emancipadora y elitista, pretendiendo establecer una gramática universal de la racionalidad social: decir lo que lo real *es*. Universal en tanto el intelectual tiende a hablar por *muchos* (aunque *muchos* no es nunca universal). Esa gramática estaría avalada por el auditorio¹⁷. Said, por su parte, afirma que “cada intelectual tiene una audiencia y unos votantes” (1996: 91). Estos *sujetos con palabra* han podido encontrar, en la política, otro rol: atraer votos.

Si bien la elite política precisa intelectuales, su aprobación y sus servicios, ella “está poco dispuesta a compartir la más alta autoridad con ellos, y aún menos interesada en oír sus críticas sobre cómo se conduce en su cargo el gobernante no intelectual” (Shils, 1974:147). Aquí aparece el binomio antiguo y ambiguo: a) el político defiende su espacio que peligra al poder ser asaltado por el intelectual; y b) el político desea que el intelectual venga a otorgarle legitimidad —tradúzcase *votos*— a su acción. La función de los intelectuales ha estado —y estará— emparentada con el quehacer político y con el Estado.

Ahora bien, la cuestión del papel ejercido por los intelectuales parece conducir al esfuerzo por comprenderlos en las modificaciones que sus funciones han tenido. En la actualidad, el mercado —el *para quién*— de la actividad intelectual se ha diversificado. Se ha dado el traslado de algunos intelectuales hacia espacios públicos, en la mayoría de los casos

contacto con los hechos más vitales de la existencia humana y cósmica, así como la tácita actitud de desdén que se tiene para con los que actúan en cometidos más rutinarios o más apegados a la vida común” (Shils, 1974: 142). Ese *amor propio* y ese *desdén* forman parte de la función intelectual en la sociedad y son un tema recurrente en los estudios sobre la cuestión. Quizás el trabajo de Aron (1967) sea un buen ejemplo de esto.

¹⁷ Gouldner (1979: 92), entre otros, considera que los mismos intelectuales creen que el mundo debe ser gobernado por quienes poseen idoneidad, sabiduría o ciencia superiores, en suma, por ellos.

correspondidos con remuneraciones más interesantes, y en donde el reconocimiento ya no es el de sus pares sino el de un público diverso. A fin de especificar los matices entre intelectuales y expertos/especialistas, se podría afirmar que el *intelectual* hace referencia a una figura que define ideales u objetivos; combatiendo y criticando públicamente todo aquello que falte para llegar a esas metas. En ello se vale de un saber simbólico apropiado por su formación que tiende hacia lo universal, pronunciándose valorativamente en la esfera pública, en cualquiera de sus múltiples formas, respecto a los asuntos en los que una determinada sociedad se ve ceñida. Mientras que el *experto* o *especialista* hace referencia a una categoría socio-profesional. Es quien, conforme a una técnica rigurosa vinculada con alguna parcela del saber, se dedica a la resolución de problemas específicos, hacia fines que generalmente no han sido puestos por él. Sería inadecuado decir que antes, en rasgos generales, el intelectual comunicaba al pueblo y que hoy es consultor de fundaciones, corporaciones, agencias. Sin embargo, en una parcela de los intelectuales, se puede considerar una propensión a ese cambio respecto a *quiénes* son sus principales interlocutores (Isola, 2012).

Los intelectuales y la tradición

Los diversos roles intelectuales no pueden ser desvinculados de su conexión con el pasado, con los intelectuales precedentes y su historia. Más aún, con los niveles de profesionalización de la actualidad, en donde cada espacio intelectual tiene una tradición propia. De un modo u otro el intelectual se ve inmiscuido en la tarea de representar y dar cuenta de un mensaje pasado, proveniente de una cierta tradición (general o específica de un espacio del saber) que constituye lo ya pronunciado por la *cultura* de las instituciones sociales, que convergen en *ese fondo de producciones y supuestos* (Shils, 1974: 147) que será revisado e interpretado. En este sentido la tarea intelectual supone una hermenéutica, una interpretación distanciada de los *hechos* y de los *dichos* del pasado, pero a la vez una interpretación del presente que puede o no transformarse en legislación, en

variables normativas (Shils, 1976a y 1976b) y regulatorias sobre la valoración de lo real o sobre el modo de obrar ante los acontecimientos.

La tradición es lo dado en la continuidad temporal con lo pretérito. El intelectual se entronca en ella, o en alguna de sus ramificaciones, o la niega, para declarar una genealogía vacía. La tradición es, de algún modo, la vida intelectual condensada en tanto se encuentra allí concentrada la batalla por las ideas¹⁸. Así la tradición regula en tanto establece que *lo nuevo* sea ordenado *por* y *a* ella, teniendo en sí misma una gradación institucional, mediante la cual los agentes pueden reconocer la jerarquía que tienen según sus posiciones en ellas.

La valoración de una tradición tiene que ver también con la producción que la misma ha realizado en su recorrido histórico. A este respecto el libro ha sido uno de los puntapiés para la extensión y afianzamiento de la cultura. Por ello, como se ha expresado anteriormente, los editores y los distribuidores de libros (Shils, 1981) como nexos vinculantes entre los intelectuales y el mercado han constituido una pieza relevante en la reproducción de las ideas (y en el camino al olvido de otras), es decir, en la constitución de una tradición. De modo que ciertas ideas tenían acceso al preciado espacio en el *corpus científico* o *canon*. Este *canon* que descendía de una tradición generaba diversas pujas por medio de las cuales algunos intelectuales ansiaban modificarlo: indexando nuevos autores, sacando otros, cambiando el *statu quo*.

Otros aspectos regulativos que traen consigo las tradiciones podrían ser “el conjunto aceptado de las reglas de procedimiento, las normas de juicio, los criterios para presentación, los cánones para la valoración del mérito, y los modelos de logros anteriores y de posible emulación” (Shils, 1974: 142). La regulación de la tradición incluye entre sus posibilidades la censura, operativa en el no otorgamiento o alejamiento de la cátedra universitaria, en la imposibilidad de publicar en revistas con referato, etc.

18 “Este papel tiene una prioridad para él [el intelectual], no pudiendo desempeñarlo sin el sentimiento de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien al que ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto” (Said, 1996: 29).

De este modo, se disciplina el acceso a la palabra y a sus medios de reproducción, llegando en caso extremo, a dejar al intelectual sin lo máspreciado, su auditorio, sin que éste tenga capacidad de encontrarse en una disputa y, en el caso de la clausura institucional, sin el salario correspondiente que deviene de su labor. En efecto, la censura pretende — en su ‘mejor’ acepción, que no es la más violenta— petrificar las ideas, *inmovilizarlas*, excluyendo a *esa* voz en particular del coral de *voces* permitidas.

Así, las tradiciones ponen en el intersticio cardinal del tiempo a los intelectuales, que son atravesados por ellas y pretenden también *desheredarlas* a través de la innovación teórica e intentando *pensar lo nuevo*. Pasado (tradición y reinterpretación de lo recibido), presente (interpretación actual/regulación) y futuro (interpretación de lo *adviniente*) convergen en la tarea intelectual de, mediante símbolos, intentar describir y explicar a otros. *Decir* el futuro, la capacidad de manipular símbolos —y *masas*— es algo muy caro al mercado en sus diversas formas. En efecto esta capacidad de interpretar puede llegar a serle (y ha sido) verdaderamente rentable para los intelectuales.

Los intelectuales y lo lejano¹⁹

La cuestión de *lo lejano*, los viajes y la procedencia aparecen con cierta recurrencia en la temática de los intelectuales, incluyendo a aquellos exiliados por diversos motivos; a quienes, dada la virulenta recepción en su propio territorio, se dedicaron a desarrollar su trabajo en el exterior; como a quienes consideran que todo lo acaecido, y por ello lejano, ha sido más valioso.

Se plantea esto también respecto al evocación de otras épocas (o latitudes) *mejores*, sea porque tuvieron más orden, más libertades, expresiones artísticas de mejor calidad, medios de comunicación con motivaciones más altas. En este sentido, la intelectualidad latinoamericana ha contenido potencialmente —*el peligro de*— la añoranza, y por el otro,

¹⁹ Se ha optado por llamar *lo lejano* a lo *extranjero* en su doble faceta territorial y temporal.

la declaración de *lo extranjero como superior*, (especialmente si es norteamericano o europeo). Respecto a esto último, Mansilla considera que una de las ambivalencias de los intelectuales latinoamericanos es “el anhelo de autonomía de pensamiento y creación genuina, por un lado, y la adopción de ideas, teorías y orientaciones provenientes de los países más adelantados del Norte, por el otro” (Mansilla, 2003: 17).

Este sentimiento de extranjería se da también en lo utópico, en el *no ser de este mundo* que expresaba Benda (1974: 44) que tiene una connotación social elitista, una idea de una vocación superior²⁰. Esta distancia entre intelectual y pueblo/saber cotidiano ha sido recurrente en la temática. Esa diferenciación social, esa distinción del resto de los mortales, Coser la expresa de un modo rotundo: “Cierta medida de enajenación parece ser el patrimonio perenne del intelectual; nunca puede ser ‘como los demás’. La crítica y el apartamiento, siempre lo distinguirán, de manera que siempre se encontrará *en* la sociedad sin pertenecer totalmente *a* ella” (1968: 373. Destacado del autor).

Esto muestra la estatura que se otorgan los intelectuales a sí mismos. De modo que ser diferentes por no ser parte del vulgo pareciera ya de suyo una fuente de legitimidad y, por ende, de credibilidad. Peculiarmente, la distancia necesaria para objetivar las cosas muestra el profundo interés por comprender lo social. En este sentido, distancia y compromiso, aunque puedan parecerlo, no son (necesariamente) opuestos. En efecto respecto al hecho concreto del exilio que han sufrido a lo largo de la historia los intelectuales, Said manifiesta que no es real la extendida idea “según la cual vivir en el exilio es sinónimo de estar totalmente desligado, aislado y separado sin esperanza de estar en origen” (Said, 1996: 60), dado que la distancia en ocasiones vincula, lo cual es evidente en el caso de los exilios latinoamericanos durante los sesenta y setenta.

Ahora bien, el asunto de la lejanía también se encuentra vinculado con la procedencia, la temática del nacionalismo y el deber del intelectual de

20 “Entre la imagen de la actividad intelectual como *saber superior* y la imagen del intelectual como marginal hay una clara semejanza formal: en ambos casos, la noción se construye en torno de un elemento de lejanía o distancia, que separa —aunque de distinta manera— al intelectual y su actividad del *mundo* o *sociedad*.” (Brunner y Flisfisch, 1977: 8. Destacados de los autores).

cooperar con su tierra, mejorando la comprensión de la identidad común²¹. En este sentido, la problemática de los intelectuales está seriamente afectada por la diferenciación que cada intelectual contextualizado hace del término. No es lo mismo lo que comprende, aún hoy, un francés cuando se nombra la palabra intelectual que lo que comprende un inglés, por más cercanía geográfica que exista: las tradiciones nacionales han cargado la noción de matices (Bourricard, 1990). La nacionalidad se cruza con la universalidad, lo particular y local con los valores supremos, el hoy con el ayer plasmado en la *tradición* y con el mañana formulado en *lo plausible*. El intelectual se muestra como un diferente (y en este sentido *extranjero*) estratificado por la validación de otros (representatividad), para quienes interpreta y enseña, teniendo como fin producir transformaciones con aspiraciones de universalidad.

Los intelectuales y el estado

En sentido amplio los intelectuales han ocupado diferentes funciones. Se pueden distinguir *funciones intelectuales primarias y secundarias* (Shils, 1981). Las primeras relacionadas con la *creación de símbolos generales*, el cultivo de las obras existentes y la transmisión de dicha tradición. Las segundas, vinculadas con el desarrollo de *actividades ejecutivo-intelectuales*, más ligadas con la *gestión* de las tareas intelectuales en la actualidad. Respecto a las primeras se puede vincular, a grandes rasgos, a la universidad como el ámbito institucional referencial que engloba esas funciones, que también están fuertemente ligadas hoy en día a las ONG, fundaciones, *think tanks*, etc., así como al mercado editorial de reproducción de las obras. Mientras que las segundas presentan una dispersión un tanto mayor, dado que “los intelectuales

21 Shils sostiene: “Los intelectuales generalmente son patriotas, y el frecuente ‘antipatriotismo’ de algunos sectores del estrato intelectual es, de hecho, una mera manifestación inversa de su patriotismo. Con más intensidad que la mayoría de sus compatriotas, perciben el alejamiento de su país del ideal de perfección” (1974:145. Comillas del autor).

trabajan en la administración pública, el periodismo, la carrera médica, la abogacía y la enseñanza” (Shils, 1976a: 90)²².

En este apartado se desarrolla una tipología respecto a los intelectuales que como tal es modélica, no acabada, pudiéndose ampliar algunas caracterizaciones o matizar otras (de Marinis, 2009). Sencillamente busca mostrar tonalidades de lo intelectual que, dada la diversidad de la categoría, pueden resultar fructíferas.

Las figuras intelectuales que se han tomado para analizar son la del intelectual investigador, el especialista o intelectual burócrata, y la del intelectual crítico. Cada una de éstas supone una relación diferente con el estado e implica cierta producción específica de discursos. El primer tipo tiene su referente cercano en el *intelectual investigador*. Con el término Investigador se ha querido definir a aquel intelectual con formación universitaria, que ha tenido (y tiene) como ámbitos específicos de trabajo la universidad y diversos espacios de investigación que se encuentran insertos en el estado. Este intelectual considera que pertenece y forma parte de una institución, con categorías y niveles de legitimidad propios, donde sus principales referentes son sus pares. En efecto, para ellos escribe y son sus dictámenes los que le interesan. En este sentido, aún trabajando aisladamente en una oficina su concepto e imaginario científico es comunitario: forma parte de una comunidad científica concreta, nacional e internacional, con regulaciones, ámbitos de legitimación y barreras de acceso propias, que hacen y justifican el capital intelectual de cada uno de sus integrantes²³. Su producción se basa especialmente en

22 Mansilla a su vez expresa que “la categoría ‘intelectual’ puede abarcar a los especialistas técnico-organizacionales de la administración pública, de la economía y de la gestión en general, a los analistas de coyuntura política, los futurólogos y los planificadores, a los profesores de enseñanza terciaria y a los periodistas y empleados más destacados de los medios masivos de comunicación” (Mansilla, 2003: 17).

23 Respecto a este tipo, de Marinis considera que “tiene gran peso para ellos la pertenencia institucional, de ineludible mención a la hora de firmar *papers* y de participar en eventos científicos, donde es de rigor agregar a la información sobre el título académico la referencia acerca de la inserción institucional (cátedra, departamento, facultad, universidad, etc.); a niveles superiores, los científicos están por lo general incluidos en sistemas nacionales y/o en redes internacionales o globales de producción y difusión del conocimiento, cada una con sus específicos requisitos de

libros. Aunque más cercanamente se haya extendido en la elaboración de artículos en libros especializados conjuntos o revistas.

Otro matiz relevante es que este Intelectual Investigador tiene para sí que forma parte de una tradición científica que no ha comenzado ni culminará en él. Él está inserto en ella, pertenece y desea que ella perdure. No se piensa a sí mismo sin otros que han sido en el pasado lo que él hoy es. En este aspecto, la ciencia es para él una causa histórica dentro de la cual es sólo un eslabón más, en donde la importancia del rol del Estado es muy relevante. Considera que el crecimiento de una Nación está ligado con su capacidad de conquistar con calidad diversos espacios científicos y tecnológicos, es decir, que el Estado debe comprometerse con la idea y las implicancias de la *modernización científica*.

En ese sentido, para el intelectual investigador el crecimiento de una sociedad está íntimamente vinculado con el crecimiento en sus niveles educativos. Este intelectual tiene un verdadero aprecio por las categorías de verdad y justicia, y en pos de ellas es que intenta establecer y solventar con la mayor capacidad lógica posible, y el menor grado de falsabilidad, sus argumentaciones en pos de *hacer ciencia*. Por último, la autonomía de la ciencia respecto a otros espacios es de un valorpreciado. Esto no quita que este tipo de intelectual tenga una fuerte pertenencia e incluso militancia política. Él considera que el único modo para que los niveles de científicidad se desarrollen es en la medida en que se distancie a la Ciencia de ámbitos que no le incumben directamente en su búsqueda de mayores certezas.

Otro tipo posible es el del Especialista o Intelectual Burócrata. Un servidor público que detenta una determinada pericia teórico-práctica. Como se desarrolló anteriormente los estados modernos comenzaron a demandar agentes especializados que realizaran tareas específicas, de modo que los intelectuales convirtieron sus tareas tradicionales en tareas con orientaciones prácticas (Shils, 1976b). Coser consideró que en este tipo queda muy reducida la autonomía del intelectual, en tanto ya no es él

ingreso, condiciones de permanencia y mecanismos de evaluación” (de Marinis, 2009: 62).

quien pone los temas en discusión, dado que la *agenda intelectual* (que en este caso es dependiente de la política) le viene dada.

El intelectual burócrata permite al hacedor de la política, definir las metas de sus actividades, prestando implícitamente de esta manera, su talento y su conocimiento para la preservación de los arreglos institucionales. De esta manera él abdica el papel crítico del intelectual, ya que en efecto, está impedido de definir sus propios problemas y de seleccionarlos a la luz de sus propios valores. (Coser, 1968:198)

Las burocracias técnicas implican un rol práctico. Sin embargo, en ocasiones la política permite un mayor espacio de acción y en ese sentido de cierta autonomía respecto al asunto a indagar y a los modos de hacerlo. Allí el papel del intelectual, en tanto actor del estado, se encuentra ligado aún a las necesidades concretas²⁴. Sin embargo, en la tradición de la temática, las prescripciones políticas implican de suyo un tipo de estorbo a la labor intelectual dado que el intelectual burocrático “está prestando su habilidad para la preservación de un arreglo institucional especial” (Coser, 1968: 329). Al mismo tiempo el intelectual está intentando hablar una lengua que no es su lengua primaria, con tiempos *prácticos* que no son los de la investigación²⁵. En muchos casos el recorte, el grado de importancia de la temática y el criterio de consulta le llegan ya dados al intelectual. Se

24 Es particularmente delgada la línea que traza Coser entre los técnicos y los intelectuales burocráticos. En tanto la política le viene dada, el técnico debe ser sumiso, abocado específicamente al requerimiento y la demanda política, en dependencia con ésta. Mientras que el intelectual burocrático gozaría de mayores libertades frente a la política.

25 “El técnico de la burocracia estatal, como engranaje de un aparato, se encuentra indudablemente involucrado hasta la médula en la arena donde se toman las decisiones políticas. Pero tiene muy claro que ellas no son estrictamente de su incumbencia, y en tal sentido acepta sin resignación y sin sensación alguna de impotencia (como era el caso en los intelectuales) el trazado de una tajante división de responsabilidades entre ‘los que deciden’ y ‘los que ejecutan’. En tal sentido, su tarea está claramente delimitada, y sobre la base de su saber técnico, se relaciona meramente con la elaboración y balance de los medios más eficientes para lograr metas que no son ni deberían ser establecidas por ellos mismos” (de Marinis, 2009:65).

lo consulta en tanto conocedor de ese *quid* que inquieta al actor político, para que resuelva, explique o fundamente. En ocasiones, el político incluso desconocerá *qué* es lo que la política precisa. Busca que le allanen el camino, no importa el *cómo*. Weber (2001: 222) había escrito hace ya tiempo: “No son las cualidades que hacen de un hombre un sabio sobresaliente y un gran profesor las mismas que se requieren en el que ha de actuar de caudillo para la orientación en la vida y especialmente en la política”. Así, intelectuales de renombre ponen su capital intelectual en favor de una determinada empresa política²⁶. Se buscan tanto sus ideas como su apoyo, su *nombre propio* que legitime, que haga creíble y sería a una política estatal particular.

Obviamente las calificaciones que precisa este intelectual burócrata no son las mismas del intelectual investigador. Pero más allá de ellas, son variadas y contrapuestas las consideraciones respecto a esta *nueva posición*, es decir al ingreso de intelectuales en el espacio político como asesores, consultores, intelectuales burócratas, etc. Hay quienes, como Wright Mills, consideran que la intelectualidad da otro cariz a la política y que esto es importante para la viabilidad de las políticas ya que “si el pensador no se vincula personalmente al valor de la verdad en la lucha política, tampoco estará en condiciones de afrontar responsablemente el conjunto de su experiencia viva” (Wright Mills, en Said, 1996: 38). Y quienes, como Lippmann, consideran que la participación política socava la actividad intelectual, la descentra de su eje. Lippmann piensa que:

(...) solamente es desinteresado el conocimiento libremente adquirido. Así, pues, cuando los hombres cuya profesión es enseñar e investigar se convierten en los que hacen la política, en miembros de una administración que está en el poder, en políticos y líderes, quedan comprometidos. Nada de lo que puedan decir puede considerarse de confianza, como desinteresado. En nada de lo que puedan enseñar puede confiarse como científico. Es imposible mezclar la

26 Bauman considera que es justamente el Estado el que ha influido en los cambios de funciones del intelectual. “La nueva tecnología de poder y control también necesita expertos, desde luego; pero los intelectuales-legisladores tradicionales difícilmente reconocerían esta nueva demanda como adaptada a sus calificaciones y ambiciones” (1997: 175).

prosecución del conocimiento con el ejercicio de poder político, y quienes han tratado de hacerlo, resultaron ser muy malos políticos, o han dejado de ser intelectuales.” (Lippmann, citado en Coser, 334)²⁷

Lippmann no deja grises: es imposible. Said acuerda con él sosteniendo que no pueden permitirse las medias verdades pacificadoras, las fórmulas tranquilizadoras y acomodaticias. Debe, el intelectual, estar vigilante, atento. Para Said son preferibles, los riesgos que debe enfrentar el intelectual crítico frente a la política, aún sabiendo que muchas veces depende del estado para su sustento. Coser (1968: 199) habla de un *sacrificium intellectus* que se produce al ingresar en la arena política. Sostiene que el intelectual corre también un serio riesgo en su acercamiento a la política, de la cual no es sencillo salirse sin perder (en varios sentidos)²⁸. Lo que se encuentra *en juego* aquí es —una vez más— *qué es lo que se considera un intelectual, cuáles son las funciones sociales que se le exige que encarne*. Se da un pasaje de la *autoridad neutral* mediante el manejo de símbolos, a una manipulación simbólica ligada a esferas de poder y puja política, en pos de ciertos criterios que, si aún siguen teniendo algo de universales, se enmarcan en una determinada coyuntura política.

En parte, los intelectuales han ido a buscar la demanda al lugar en dónde ésta se encontraba, *el mercado era el estado*²⁹. En las últimas décadas hay globalmente una mayor demanda de conocimiento pero han cambiado los demandantes y sus intenciones. Es plausible pensar que el *estado-mercado* ha ido logrando de algún modo profundizar su “facultad de distinguir entre verdadero y falso, bueno y malo, lindo y feo” (Bauman, 1997: 223).

27 Obsérvese el matiz que *comprometidos* tiene en este párrafo de Lippmann.

28 Con un tono similar al de Lippmann, Coser plantea que: “Cuando el intelecto está uncido a la persecución del poder, pierde su carácter esencial y necesariamente se vuelve ancilar; uncirlo a la carreta del poder es emascularlo” (Coser, 1968:197).

29 Bauman (1997: 177) con tono sombrío afirmará que “es el mecanismo del mercado el que hoy toma a su cargo el papel de juez, formador de opinión y verificador de valores. Los intelectuales han sido expropiados una vez más. Se los desplazó”. Véase también Neiburg y Plotkin (2004: 15).

Otro de los tipos de intelectual que merece ser destacado es el del intelectual crítico, en su caso extremo llamado ‘revolucionario’³⁰. El pensamiento con una intencionalidad de cambio político-social. De algún modo el intelectual crítico vincula la intelectualidad en función de ideas políticas en sentido amplio, entendiendo que en esas ideas están aquellos *valores supremos* que se buscan reivindicar. Está relacionado con el intelectual tradicional en tanto se persiguen ideales concretos de justicia y verdad, pero estos se encuentran fuertemente asidos a una realidad histórica presente que se desea transfigurar. En principio esta transformación se busca a través de las ideas, pero en algunos casos se considera la posibilidad de la utilización de la violencia. Los matices de este Intelectual son complejos. El intelectual crítico es un disidente del *statu quo*, y en ese sentido, es un modificador que busca tensar la realidad para aproximarla al ideal que considera genuino. Casi siempre en contra de la autoridad constituida, sus valores centrales son la justicia social, el reclamo ante las necesidades de los más desprotegidos, la custodia ante todo tipo de censura y la búsqueda de canales de expresión de la opinión pública. Considera que lo social es un espacio de lucha política, y elige ingresar en esa disputa por las diferentes formas del poder³¹. En medio de esa lucha surge la pregunta sobre los límites del obrar intelectual: *hasta a dónde es lícito llegar en pos de una determinada verdad, y si es factible huir de la exigencia espinosa que presenta la necesidad social concreta*. Esto, abonado por la lógica de la inmediatez política, de las crisis y coyunturas específicas que parecen expresar una misión casi hierática: *lo que debes hacer, hazlo ahora*³².

30 Un planteo crítico de la idea de revolución puede leerse en el clásico libro de Aron (1967) *El opio de los intelectuales*.

31 Al respecto Shils considera que “el odio a la autoridad suele ser sólo una faceta de la fascinación y el amor que ella suscita. Cuando llegan al poder, los intelectuales que antes luchaban contra la autoridad se identifican rápida y plenamente con ella” (Shils, 1976a: 125). Esto ha ocurrido en Europa y en América Latina.

32 Se podría recordar aquella famosa frase de Weber: “Sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; sólo quien frente a todo esto es capaz de responder con un ‘sin embargo’; sólo un hombre de esta forma construido tiene ‘vocación’ para la política” (Weber, 2001:180).

En la perspectiva revolucionaria más extrema es en el enfrentamiento con la autoridad y su consiguiente compromiso en la lucha en donde radica el reconocimiento intelectual último, llamado por la tradición *antiintelectualismo*. “El antiintelectualismo es una de las predisposiciones de los intelectuales en momentos particularmente agitados de la historia, cuando la apuesta por la acción adquiere más valor que la confianza en la palabra y cualquier otro tipo de práctica simbólica” (Gilman, 2003: 164)³³. Se pone así en tensión la teleología del ser intelectual: *qué es ser un* —¿buen?— *intelectual*. Respecto al caso argentino en los años sesenta y setenta Oscar Terán señala:

En el pasaje del intelectual comprometido al intelectual militante operó un entramado simbólico de una presión descomunal. Es estremecedor observar (...) el modo en que estos intelectuales se resistían a las tentaciones de borrar su espacio intelectual para pasar a la práctica política. (Sigal y Terán, 1992:48)

Este autor describe la *culpabilización del intelectual* que se producía ante la *falta de compromiso* con las ideas. Este compromiso debía llevar para algunos, hasta dar la vida, lo que implicaba *ponerla a disposición* de la causa. Esta cuestión, que atraviesa todo la discusión sobre la temática intelectual desde el caso Dreyfus hasta hoy, conlleva en germen la pregunta sobre los *finés de la intelectualidad*. En efecto es eso lo que se pone en discusión muy fuertemente en los años sesenta, ¿cuál es la *función/misión* intelectual?

La tensión (profesional y psicológica) respecto a esta decisión proviene de adentro y de afuera del espacio intelectual y político en el cual el intelectual opera. En la Argentina, la Revista *Contorno*, respecto a esta elección vinculada con la literatura, sostenía: “No nos oponemos

33 Para una ampliación de la temática de las ideologías intelectuales véase Mannheim (1966: 106 y ss.) y Shils (1976b: 47 y ss. y 1981: 91.), así como el citado libro de Ory y Srinelli (2007) para el caso francés. Estos últimos sostienen que la noción misma de intelectual, nacida del caso Dreyfus (cfr. con la genealogía que establece Marletti, 1994: 854), *es hija de una polémica, y nació armada para la lucha* (18).

absolutamente a la violencia. Algo de ánimo guerrero puede ser saludable en nuestra alta cultura” (Nº 5/6, septiembre de 1955).

Esta paulatina transformación del rol era también transformación de una creciente demanda frente al Estado por justicia, distribución del ingreso y libertad.

A modo de conclusión

La sola definición del término intelectual ha generado no pocos escollos, en tanto ha tenido (y se le han dado) una diversidad de matices importantes a través de la historia. A su vez, sus espacios de reunión han sido estudiados por diversos autores.

Las sociedades modernas han precisado actores con mayores capacidades de comprender las complejidades del universo. La preeminencia, otrora puesta en la vinculación con lo sagrado, se transformó en la necesidad de la sociedad de tener sujetos aptos para dar curso a la construcción de estados con saberes cada vez más especializados. Esto daba lugar a la profesionalización intelectual. La universidad ha sido, sin lugar a dudas, el espacio central en torno al cual se han nucleado los intelectuales durante el pasado siglo.

Ésta, a su vez, estuvo siempre ligada al estado, que ha tenido un lugar relevante, como interlocutor y como empleador de los intelectuales en busca de conocimiento y legitimidad. Los intelectuales se han vinculado con el estado de diferentes maneras. Se han descrito aquí tres tipos que varían, entre otras cuestiones, por su mayor o menor vínculo e involucramiento con la política. Mientras el intelectual investigador es un defensor de la autonomía (más allá de que comprende que aún dentro de esa autonomía hay una disputa política-académica interna), el especialista o intelectual burócrata está involucrado en las decisiones que la política toma, y debe intentar dar viabilidad a esa lógica de decisión. A su vez el Intelectual Crítico considera que la actividad intelectual no puede, bajo ningún aspecto, ser separada de la batalla por las ideas políticas.

En este recorrido que se ha realizado se consideraron fundamentales ciertas caracterizaciones respecto a las funciones de los intelectuales.

Una de ellas ha sido la importancia que éstos han dado a la tradición, es decir, tanto a las diferentes batallas que las ideas han generado, como al lugar que han ocupado aquellos referentes que han vencido en esas reyertas. Con esto se dejó ver las maniobras de clasificación, y por ende de censura, que han operado y operan en todo campo intelectual. La noción de lejanía ha permitido entender al intelectual como un sujeto errante, siempre en tensión con una distancia espacial y temporal.

En América Latina, especialmente entre las décadas del cincuenta y setenta se ha asistido a la radicalización política de diferentes intelectuales (Terán, 1991; Sigal y Terán, 1992; Gilman, 2003). Se han dado en diversos países exilios intelectuales, cesantías de profesores por cuestiones políticas, censuras, etc. Todo ello, y junto con el ascenso de gobiernos con apoyo de los sectores populares en los primeros años del siglo XXI ha colaborado en la configuración de un posicionamiento de parte de las sociedades latinoamericanas hacia una mayor libertad de expresión, un cierto involucramiento en las políticas de gobierno y una percepción del interés público de las discusiones acerca del futuro de la sociedad.

La labor que otrora estaba circunscripta a los intelectuales, está teniendo una cierta apertura, permeando diferentes sectores de la sociedad que precisan considerar simbólicamente los acontecimientos políticos que acaecen con —cada vez mayor— celeridad. En tanto la palabra está cada vez más distribuida, esto también genera una mayor porosidad relativa de los márgenes que separaban a quienes podían hacer uso de ese recurso escaso. El rol de los intelectuales en ese nuevo espacio latinoamericano seguirá seguramente reverberando esas discusiones por la autonomía intelectual y compromiso con la realidad política de cada país. Los procesos comenzados por los gobiernos con fuerte apoyo popular han sabido aglutinar a los intelectuales que estaban posicionados en lugares de compromiso ideológico-político décadas atrás.

De modo que en las últimas décadas las diferentes configuraciones que el espacio intelectual ha atravesado han producido serias modificaciones en la función de los intelectuales. En efecto se asiste al ingreso de intelectuales y expertos a posiciones de poder e influencia en

el Estado, con el fin de otorgar legitimidad a la gestión y de dar cuenta de sus saberes en el manejo de la cuestión pública. La intersección del trabajo intelectual entre la academia, la universidad, las fundaciones, las ONG, los *think tanks*, el mercado y el Estado ha sido, y es, cada vez con mayor fuerza una cuestión central (Isola, 2012).

Es factible que durante el siglo XXI las variaciones que se han producido en las lógicas de producción, la mayor participación mediática, los crecientes niveles de competitividad y la diversificación de funciones de los intelectuales sigan modificando su tarea cotidiana y, por lo tanto, sus perfiles y *ethos*.

Bibliografía

- Aron, R. (1967) *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Altamirano, C. (2007) *Intelectuales. Notas de Investigación*. Norma, Bogotá.
- Altbach, P. (1994) The international academic profession. *Portrait of fourteen countries. The Carnegie Foundation for the advancement of teaching, Princeton*.
- Bauman, Z. (1997) *Legisladores e intérpretes*, Bernal, UNQUI.
- Boucher, S. y M. Royo (2009) *Les Think Tanks, Cerveaux de la guerre des idées*. Paris, Éditions du Félin.
- Boudon, P. y Bourricaud, F. (1993) *Diccionario crítico de sociología*, Buenos Aires, Edicial.
- Bourricard, F. (1990) *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. México, UNAM.
- Brunner, J. J. y Flisfisch, A. (1977) *Los intelectuales: razón, astucia y fuerza*. Documento de Trabajo. FLACSO-Sede Santiago, Santiago de Chile.
- . (1983) *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. FLACSO-Sede Santiago, Santiago de Chile.
- Clark, B. (1997) *Las universidades modernas: espacios de Investigación y docencia*. México, D. F. México: Porrúa.

- Coser, L. (1968) *Hombres de ideas: El punto de vista de un sociólogo*, FCE, México.
- de Marinis, P. *Los saberes expertos y el poder de hacer y deshacer 'sociedad'*, en Gabriel Gatti, Benjamín Tejerina e Iñaki Martínez de Albéniz, *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Gilman, C. (2003) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gouldner, A. (1979), *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza.
- Gramsci, A. (2000) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Bs. As., Nueva Visión.
- Isola, Nicolás. "Expertos e intelectuales en educación en Argentina. Entre el Estado y el Mercado", en Gutiérrez Serrano, N. (Coord.) (2012) *Formación, Política e investigación. Espacios de producción de conocimiento en educación en México y el Cono Sur. Tomo 1*, D.F. México, UNAM-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Mansilla, H.C.F.. (2003) *Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental en Hofmeister*.
- Marletti, C. (1994) *Intelectuales*, en Norberto Bobbio, et al, *Diccionario de Ciencia Política*, México, Siglo XXI.
- Neiburg, F. y M. Plotkin (2004) *Intelectuales y expertos*. Buenos Aires, Paidós.
- Ong, W. (1996) *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, FCE.
- Ory, P. y J-F. Sirinelli, (2007) *Los intelectuales en Francia*. Valencia, Prensa Universitaria.
- Pico J. y Pecourt J. *El estudio de los intelectuales: una reflexión*. Revista española de investigaciones sociológicas, 2008, nº123, pp. 35-58
- Revista Contorno. *Terrorismo y complicidad*, Nº 5/6, septiembre de 1955.
- Said, E. (1996) *Representaciones del intelectual*, Buenos Aires, Paidós.
- Sartre, J-P. (1945) *Les Temps Modernes*, Nº1. [documento WWW]. URL www.jpsartre.free.fr [10 de junio de 2009].

- Shils, E. (1974) *Intelectuales* en David Sills, Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales, Madrid, Aguilar.
- . (1976a) *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Buenos Aires, Tres tiempos.
- . (1976b) *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires, Tres tiempos
- . (1981) *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Buenos Aires, Tres tiempos.
- Sigal, S. y O., Terán (1992) *Los intelectuales frente a la política*, Punto de Vista, 42: 42-48.
- Stehr, N. *Le savoir en tant que pouvoir d'action* en Sociologie et sociétés, vol. 32, N°1, 2000, p. 157-170.
- Terán, O. (1991) *Nuestros años sesentas*. Puntosur, Bs. As.
- Thompson, A. (1994) *Think tanks en la Argentina. Conocimiento, instituciones y política*. CEDES, Buenos Aires, Argentina [documento WWW]. URL <http://168.96.200.17/ar/libros/argentina/cedes/thom1.rtf>. [14 de diciembre de 2009].
- Weber, M. (2001) *El político y el científico*. Madrid, Alianza.
- Zola, É. (1897) *J'accuse*. [documento WWW]. URL www.analitica.com/BITBLIO/zola/j_accuse.asp, [10 de diciembre de 2009].